

Martín De Mauro Rucovsky. *Fugarse de época. Cultura y precariedad en México*. EDUVIM: Villa María, 2025, 224 pp.

La extorsión sentimental de la división social del trabajo. Cuerpos
feminizados y feminización forzada

Carli Prado¹

Si este libro comienza con una definición, esta reseña comenzará con una pregunta. Una pregunta a la que hay que tenerle cierta paciencia, sin perderle el rigor: ¿cómo leer (a) los cuerpos feminizados en las dinámicas de trabajo del *sensorium neoliberal* contemporáneo?

En *Fugarse de época*, De Mauro Rucovsky hace un análisis alrededor del concepto de trabajo que involucra principalmente al sismo de 1985 en México, pero no solamente. A la par de ubicar este acontecimiento trágico como un intervalo en la elaboración de ciertos saberes y lugares, lo dispone como un reordenador de los territorios y un torcedor del lenguaje. Sobre todo, en torno a las trabajadoras textiles, aunque no sin haber pasado antes por el punk, esa otra tensión con el trabajo.

En primer lugar, su quehacer con los films de Sarah Minter (1953-2016) nos coloca en la situación de pensar la “erosión de un horizonte social ligado al universo cultural del trabajo” (42) según el cual no verse afectado por las rutinas laborales estándar no implica que la matriz de sentido que ocupa el trabajo en nuestras vidas no esté funcionando. En ese sentido, los y las punks producen, a su manera, dinámicas de sostenimiento que dialogan (y discuten) los modos de producción y reproducción material y subjetiva, pero —he aquí

¹ **Carli Prado** es Dr. en Humanidades y Artes con mención en Filosofía por la Universidad Nacional de Rosario, así como Lic. y Prof. de Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo. Actualmente desarrolla una beca postdoctoral de CONICET (INES-UNER) orientada al trabajo con archivos disidentes del litoral en relación a las categorías de temporalidad y afectos. Es Ayudante de 1era categoría en Problemática del Arte Latinoamericano del S XX en la carrera de Bellas Artes (UNR) y forma parte del Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial (IECH-UNR). También integra la Red Argentina de Investigadorxs en Diversidades y Disidencias Sexogenéricas (REDINSEX). Contacto: carliprd@gmail.com

la variación— lo hacen diferencialmente en función de la feminización de su precariedad. Y ello en la medida en que el horizonte aspiracional no se desfonda para todes de la misma manera. Nuestro autor insiste, entonces, en la “precariedad feminizada” como definición operacional para nombrar estos procesos desiguales.

En segundo lugar, el despliegue en torno a ciertos grupos de trabajadoras textiles pone en evidencia cómo el terremoto (1985) activa un umbral de precarización y vuelve necesarias alianzas imprevistas entre las costureras en cuestión, quienes además eran amas de casa con ciertas dificultades (temporales y espaciales) para producir gramáticas afectivas por fuera de la reproducción heterosexual de la división social del trabajo en un contexto de sismo. En esa línea, “*sensorium* neoliberal es aquí culpa, sumisión, resignación, enamoramiento y apego tan individualistas como posesivos, es responder a órdenes y consignas, es responder a jerarquías y asimetrías consolidadas” (115). De allí el título de esta reseña, que parafrasea al propio texto: este *sensorium* neoliberal desplegado a través de una precariedad feminizada se trata, entre otras cosas, de una extorsión sentimental que reifica la división sexual del trabajo. Y hay en ello una apertura a pensar el lugar de la des-obediencia como premisa política y metodológica en el marco de una economía heteronormativa.

Hay, también, una pregunta por la vida, por la vida material que se pone en juego en el trabajo, tanto doméstico como fabril:

Ese es el diagnóstico colectivo de las costureras, cómo politizar esa zona, volverla problema en común, trazar conexiones, desconfinar y desprivatizar el trabajo de cuidados –como instancia de valorización– y resituar el trabajo público –como economía de la obediencia–. (122)

Y, a su vez, en un tercer momento, el análisis persigue el trabajo de las costureras hasta la industria indumentaria contemporánea, atravesada ya tanto por los procesos de neoliberalización propios de nuestro siglo como por la datificación de la vida, llegando a preguntarse: ¿cómo obtenemos

justicia sexo-genérica en un sistema estadístico y de cálculo matemático que se presume técnicamente neutro? (153). Mientras se advierte el desplazamiento de un tejido comunitario y ancestral ligado a una cosmovisión a la industrialización fordista donde quien trabaja es sólo adyacente al proceso de un trabajo automatizado.

En síntesis, es un libro que abarca un espectro de cuestiones que se entrelazan y, a su vez, abre ventanas de pensamiento que vuelven poroso su ejercicio. Pero voy a insistir en una cuestión que es, a mi modo de leer, la central:

La *precariedad feminizada* logra traer a la superficie un conjunto amplio e invisibilizado de tareas productivas y reproductivas de la vida que carecen de densidad específica. La causa de las costureras leídas a través del prisma de la *precariedad feminizada* constituye un campo de problematización sobre las dinámicas de acumulación del capital, la reapropiación de la riqueza socialmente producida y las marcaciones y regulaciones normativas de género asociadas al trabajo y en particular, al trabajo feminizado. Todo ese vasto conjunto de actividades del hogar –de mantenimiento y reproducción de la vida, de cuidado y dedicación, de trabajo sobre lo anímico y lo afectivo que recae sobre los cuerpos generizados y feminizados, de producción y sostenimiento de las redes de parentesco– constituye la zona sobre la que se inscribe la fórmula sintagma *precariedad feminizada*. (136-137)

Frente a lo que (me) puedo preguntar: ¿trabajo feminizado o trabajo feminizante? ¿es o se lo feminiza a través de la precariedad misma? ¿Hay algo-así-como “cuerpos feminizados” o son, justamente, prácticas como el trabajo las que modelan su feminización? ¿cómo (no) leer esos “cuerpos feminizados” sin caer en un binarismo recalcitrante y transexcluyente? Sin negar, tampoco, la materialidad que (re)presenta el trabajo para ciertos cuerpos, entre los cuales podríamos reconocer diferencialmente el de las mujeres cis, pero no solamente. Si:

se trata del trabajo como tecnología de generización cuyo mecanismo interno hace foco en los cuerpos feminizados de mujeres cis, feminidades migrantes e indígenas, feminidades trans, feminidades punks, feminidades maricas, feminidades de costureras y bordadoras, masculinidades lésbicas, masculinidades trans, masculinidades femeninas y sobre las vidas queer. (13-14)

¿vale la pena llamarlo “feminizado”? ¿Cuál sería la operación de esta “feminización”? Pues, para incentivar estas y otras incertidumbres es que vale la pena la lectura de *Fugarse de época* como una forma de sacudirnos, pero - también- de animarnos a preguntar sobre cuestiones como el trabajo, los afectos, la feminización y la precari(e)dad.